LA NOVELA SUGESTIVA

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

HISPANOAMÉRICA			OTROS PAÍSES		
Año.....	Pts.	24	Año.....	Pts.	40
Semestre...	»	12	Semestre...	»	24
Trimestre..	»	6	Trimestre..	»	

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.



LAS SIETE ONDINAS

La Novela Sugestiva

LAS SIETE ONDINAS

por

TOMAS DEL VALLEHERMOSO

Ilustraciones de
T R E C E

24

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



TODAS las mañanas, a las doce en punto, salían de la caseta—una gran caseta roja, de tablas y con tejado, como una vivienda—las siete ondinas, corriendo, ligerísimas, dijérase volando, sueltos los albornoces, que fingían sonoros aleteos de grandes aves acuáticas.

Llegaban a la orilla, habiendo atravesado la anchura de la playa, y «se posaban» en la tribunita en que un bañero recogía las afelpadas prendas. Quedaban ellas entonces escuetas de figura y finas, lo mismo que tanagras, e iban zambulléndose una tras otra en el embozo verde y blanco de una ola.

Los bañistas que nadaban zascandileando con escaso disimulo entre féminas más o menos fofas y vulgares, poníanse en pie, viéndolas volar de la caseta al agua, y aguardaban con medio cuerpo

en el mar y el otro medio al sol la entrada atrevida y teatral de las siete ondinas—así las llamaban—de todos los mediodías.

Esta playa era lo suficientemente animada y mundana para no poderla considerar pueblerina; pero carecía al mismo tiempo de la etiqueta o marchamo de playa cosmopolita y de moda. Por lo cual la presencia de las siete ondinas forasteras era un acontecimiento que resaltaba en las costumbres playeras locales, un poco provincianas.

¿De dónde habían llegado aquellas siete muchachas nadadoras, desenvueltas y tan bien formadas? Las respuestas hipotéticas a esta pregunta eran para todos los gustos, desde aquellas que afirmaban que de donde procedían las nadadoras era del infierno, hasta las que insinuaban su procedencia de un modesto gineceo de la vecina capital.

—¿Y qué es eso?—preguntó un pollo indígena.

Y el otro—un casado redicho que alardeaba de Don Juàn—le miró con lástima, aleccionándole:

—Niño, gineceo es una casa de citas.

No parecían hermanas, pues las más de ellas representaban tener la misma edad: de dieciséis a diociocho años, y había tres menores: dos como de catorce y una como de trece. En el agua todavía era menos perceptible la diferencia de edad que pudiera haber entre las siete sirenitas, pues al no ofrecer signos indumentarios delatores de los años (tacón, medio tacón o ningún tacón; medias, *medias-medias* de deporte o calcetines; melenitas, tirabuzones, trenzas, etc., etc.), y por estar todas siete bien desarrolladas y en plena adolescencia, resultaba ciertamente difícil distinguir la mayor o menor *niñez* de las jovencitas. Vestidas, fuera del agua, ya era más fácil; pero durante sus chapuzones y juegos acuáticos todas parecían de un tiempo. Y por eso intrigaban más, pues no parecía posible que fuesen hermanas. (Sin embargo, se desnudaban todas a la vez en aquella gran caseta roja que tenían alquilada, y algunos linces habían averiguado ya que estaban hospedadas en una fonda modesta, cercana a la playa).

Uniformadas con el traje de baño—sucinto, hiperbólico—y ocultas las cabelleras en el gorro de colores vivos, las siete muchachitas componían un friso sugestivo, digno del escenario de Romea. Pero más *inquietante* todavía... Dijérase a veces una sola, reproducida en diversas lunas combinadas. Rostros reidores, de facciones graciosas y tez bronceada al sol; hombros y brazos morenos, charolados, llenos de reflejos azules por el agua; catorce senos como guirnalda de catorce magnolias; los siete cuerpos del *maillot,* blancos, *desaparecían* al mojarse, con lo que dijérase que se bañaban desnudas. Los «culotitos» era lo que las distinguía a unas de otras; los culotitos, los cinturones y los gorros, que en cada una de ellas hacían juego, y eran distintos en todas. Podía tam-

bién llamárselas «los siete colores»: el iris de la playa, encendido, como el verdadero iris al contacto de los rayos solares con el agua.

Entre los desocupados playistas fueron las siete ondinas la preocupación, la obsesión del veraneo. Las señoras y los curas no tenían tampoco otro tema en sus conversaciones; para ellos, las siete bañistas eran piedra de escándalo constante. Pero los elementos del sexo masculino, jovencitos, adultos y viejos verdes, no daban paz a los prismáticos durante el baño de las ninfas, ni a la lengua en toda reunión de dos o más hombres, ni al pensamiento a toda hora.

Y todo por la ocurrencia que las chicas habían tenido de bañarse en aquella playa tranquila y rezagada con *maillots* tan vistosos como provocativos. Porque, a decir verdad, otras bañistas había, más recatadas, que observadas con atención, dejaban adivinar, bajo sus amplios trajes de baño, encantos, si no superiores, por lo menos tan apetitosos como los de las siete ondinas.

Aquéllas, viéndolas saltar en el mar, con los blancos *maillots* mojados, ceñidos al busto, transparentando el color moreno de la carne y el botón rosado oscuro de los pezoncitos, se miraban instintivamente los propios pechos, comparándolos. Y se indignaban con gesto de iracundia al ver cómo los hombres se comían con los ojos las desnudeces de las intrusas, pensando íntimamente:

—So pazguatos, ¡si viérais lo que yo oculto!...

Y algunas dieron en evitar aquel ademán inconsciente de tirar del empapado bañador al sacar el busto del agua, para desceñírselo, y dejaban que sus formas se acusasen libremente, modeladas por la tela mojada.

Con lo cual iban los hombres ganando, naturalmente, en deleitosa contemplación de bellezas corpóreas.

Cada día crecía más la curiosidad despertada por aquellas traviesas y ágiles chiquillas, y sus platónicos adoradores llegaron a apostar quiénes conseguían averiguar antes el misterio de sus vidas, conseguir algún favor de ellas—diálogo, sonrisas, amistad, flirteo—y, en fin, tácitamente se había establecido un campeonato de espionaje galante, del que, a decir verdad, ellas no se preocupaban ni poco ni mucho.





ABÍA entre los pollos que veraneaban allí uno bastante despierto y favorecido por las mujeres, y cuya compañía se disputaban todas.

El fué el primero que entabló amistad con las siete ondinas, y fué el pasmo de toda la playa verle aquella mañana en el agua, bañándose con ellas.

Jugaban y se divertían alegremente, con absoluta despreocupación de cuanto en la orilla y en el agua comentaran las señoras escandalizadas y los mirones. El nadaba tan bien como ellas, y organizaron divertidos concursos de natación y juegos de acrobacia elemental y acuática. Las siete bellas muchachas—por ejemplo—se colocaban en fila, separados los pies, y él, buceando, debía de pasar por el puente que debajo del agua formaban las piernas de las siete chiquillas. Sucedía que, como el puente era largo, a la mitad del recorrido se asfixiaba

el intrépido buzo, que pugnaba por salir a flote, con lo que algunas de ellas quedaban montadas en sus hombros; otras caían, zambulléndose en el agua, y el puente se desmoronaba en precioso cataclismo de piernas por el aire. Cada una se agarraba adonde podía, y el pollito solía salir a la superficie abrazado a una o a varias de sus amiguitas, con lo que el aprovechado galán se daba un buen verde de sobos y tacteos fantásticos.

Cuando salieron del agua se fueron todas siete con el amiguito a una punta desierta de la playa, para tomar el baño de sol. Y nuestro hombre, tendido boca abajo sobre la rubia... (no sean ustedes maliciosos), sobre la rubia... arena, y rodeado de las siete ondinas, cara al sol, se hinchó de contemplar sus cuerpos casi desnudos. No sabía cuál le gustaba más. Se le nublaba la vista y sufría mareos, perdido el sentido crítico que le permitiese aquilatar tanta maravilla y perfección, comparándolas y analizando las gracias de cada una. Tanta pantorrillita bien formada, tanto muslo rollizo, bronceado; tanto núbil vientre, tantas tetitas duras, erectas, puntiagudas las unas; anchas, macizas las otras; leves, insinuantes algunas, y todas riquísimas, como pomas que invitaban al tacto y aun al paladeo; tantos brazos arqueados graciosamente, haciendo—entrecruzadas las manos bajo la nuca—almohadas para las cabecitas, eran en verdad un espectáculo que visto así, de cerca y al alcance de la mano, resultaba alucinante.

Inconscientemente, insensiblemente comenzó el mozo a removerse en la arena caliente al sol (la arena, ¿eh?), con movimiento suavemente oscilatorio y rítmico. Las niñas, entornados los ojos, porque la luz del sol las deslumbraba, pronto observaron aquel vaivén giratorio del bañista, su nuevo amigo, y algunas, aunque parecían no ver, no pudieron reprimir una sonrisa pícara.

Sonrisa que vino a cortar en flor en las flores de sus labios el alguacil del Ayuntamiento, fiel guardador de la moralidad de las costumbres. Aquello era un escándalo intolerable, una provocación a la moral. El señorito no podía permanecer un minuto más entre las señoritas, y éstas debían de cubrirse con los albornoces. De lo contrario no tendría otro remedio que multarles.

Protestó el Don Juanete en taparrabos y se armó la gran bronca.

En vista de lo cual él las propuso irse con ellas al día siguiente a una playita diminuta y recóndita que él conocía no lejos de la ciudad, y donde no se bañaba nadie. Allí podrían entregarse libremente a las delicias del baño de sol sin la ingerencia incivil del alguacil municipal y sin hipócritas testigos de vista.

Aceptaron ellas, encantadas, y quedó acordado que a la mañana siguiente nuestro hombre pasaría a recogerlas, a la hora del baño, para encaminarse juntos al apetecido rincón.



ENTRE las muchachas de la sociedad burguesa de la ciudad había una, muy agraciada, que estaba locamente enamorada de Quinito Arana—cuyo era el nombre del Don Juanete que acabamos de conocer.

El era incapaz de enamorarse en serio, y sólo era partidario del amor en cuanto satisfacía sus erotismos fáciles. A las muchachas *difíciles* las dejaba pronto por imposibles. Ya sabemos que esto desmiente la regla general, pues lo mismo en el amor que en el deseo puramente carnal, las dificultades y los obstáculos suelen ser acicate e incentivo del asedio, estimulando el cerco en espera de rendir la fortaleza. Pero las excepciones confirman la regla, y Quinito—¡qué le hemos de hacer!—era así, como hemos dicho: un mariposón sensual que gustaba de libar en todas las flores, al vuelo, sin detenerse ni perder el tiempo sitiando una fortaleza

heroica, habiendo tanto fácil botín entre las benditas hijas de Eva de condición complaciente.

—A mí—solía decir—Dios me las depare a punto de caramelo.

Y aquella Rosina Valbuena, aunque estaba muertecita por sus pedazos, era de las difíciles. Tenía prejuicios y pudores de otra época, y a los primeros escarceos atrevidos del galán, amparado en la propicia oscuridad del cine o en las toleradas expansiones del baile, había opuesto siempre enérgicos remilgos...

Quinito, pues, se alejó de ella pronto en pos de otras mieles.

Ella se lo comía con los ojos, le insinuaba púdicamente su interés, le buscaba... Pero a él no le interesaba ya y no la hacía maldito el caso.

¿A qué extremos no recurrirá una muchacha enamorada para atraerse al galán que la quita el sueño? Tenía montado un servicio de espionaje perfectísimo (artes diabólicas de las mujeres honradas), y así al punto averiguó—¡vayan ustedes a saber cómo!—el plan urdido por Quinito y las siete ondinas escandalosas.

—¡No! ¡Pues eso no! ¡Bastante he aguantado ya los desdenes de ese antipático tan... reteguapo! ¿Pero qué harán las demás mujeres para conseguir retenerlo a su lado? Yo no estoy dispuesta a que no me haga caso. Desde mañana yo averiguaré lo que hay que hacer.

Y cuando supo que su adorado tormento se iba



Deleitaba la contemplación de aquellas bellezas.

de excursión acuática con aquellas empecatadas siete ondinas, determinó espiarlos personalmente, sin intermediarios. Licenció por esta vez a todos sus «agentes» y decidió enterarse por sus propios ojos.

So pretexto de ir a misa, salió temprano de su casa, y estratégicamente parapetada en el pórtico de una iglesia, próxima a la fonda de las descocadas nadadoras, vió llegar a Quinito al filo de las diez, y poco después salían con él las bulliciosas ondinas. Subieron a un tranvía de los de la línea suburbana, que unía a la ciudad con algunos pueblecillos próximos. Y ella detuvo a un taxi y ordenó al chofer que siguiese, despacio, al eléctrico.

Antes de entrar en uno de los pueblecitos costeros de la línea, se detuvo el tranvía y descendieron las ondinas con Quinito Arana. El taxi se detuvo por orden de Rosina, y al poco rato—ya iban ellos por un sendero que bordeaba un maizal—se apeó la muchacha y despidió al coche. Cautelosamente los siguió a distancia, ocultándose tras los maíces de la mies, y pronto los vió internarse por una frondosa castañera, tras de la cual sonaba rumoroso el mar. Temiendo perderles de vista, aceleró el paso, parapetándose de tronco en tronco, tras los soberbios castaños; y pronto descubrió en lo hondo una pequeña y escondida playa de fina arena, en la que venían a morir blandamente las ondas. Las siete diabólicas muchachas, rodeando a su amiguito, pisaban entonces la rubia arena, y Rosina, elegido un buen punto estratégico en el cantil, a pocos metros

sobre el arenal, tendida en la fresca hierba de un prado y oculta por una alta mata de helechos, veía y casi oía cuanto hacían y decían los rebeldes fugitivos de la mojigata playa urbana.

Estaba decidida, firmemente resuelta a aprender las lecciones de «gancho» de aquellas siete palomitas—por no decir pájaras de cuenta—que tan bien sabían retener a su lado a Quinito. Y era toda ojos...

Las muchachas, vestidas con alegres y ligeros trajecillos de playa, comenzaron a desnudarse tranquilamente ante las propias barbas del galán. «¡Qué horror!», pensó al pronto la pobre Rosina, si bien se tranquilizó un tanto al observar que debajo de los vestidos traían ya puestos los *maillots* de baño. Lo malo fué al descalzarse, cosa que habían hecho antes de despojarse de los vestidos, sin preocuparse de lo que enseñaban a Quinito, tendido entre ellas en la arena. Pronto estuvieron todas en traje de baño. Pero ¿y él? ¡Ah!, él permanecía vestido aun. ¿Se iría a desnudar asimismo ante ellas? A Rosina le latían fuertemente los pulsos en aquella incertidumbre. ¿Traería él también puesto ya su bañador? Menos mal... si así fuese (aunque algo secretamente le hacía desear a Rosina, muy en lo hondo, que no fuera así).

El sol era espléndido, y las ondinas, tumbadas en la arena, parecían dispuestas a tomar su baño helioterápico.

—¿No se desnuda usted?—oyó claramente Ro-

sina que le preguntaba una de las ondinas a Quinito.

—Ahora mismo—había contestado éste.

Se quitó la americana; se sacó los faldones de la camisa por encima del cinturón y quedó desnudo de tórax y espalda.

—¡Dios mío!—pensaba Rosina, alteradísima—. ¡No trae puesto el traje de baño! ¿Se despojará de los pantalones?

No había acabado de formularse «in mente» la pregunta, cuando Quinito se empezó a desceñir el cinturón. La muchacha, instintivamente, se tapó el rostro con las manos, si bien haciendo de los dedos algo semejante al varillaje de un abanico...

Fuera el pantalón, quedó el señorito que la robaba el sueño en calzoncillos cortos. Rosina creía iba a morirse de sofocación y de ansiedad. ¡Y aquellas siete sinvergüenzas, tan frescas, sin darle importancia a nada! Sentado a lo moro en la arena, el calzoncillo dejaba ver una negrura sospechosa por su abertura. La muchacha tragaba la saliva dificultosamente, ahogándose de emoción y de inquietud. ¡Dios santo! Quinito se estaba desabrochando los botones de la cintura. Se quitaba la única prenda que le quedaba encima. Pero, ¡ay!, no. Quedaba un taparrabos, si bien tan minúsculo que más bien resultaba una verdadera hoja de parra. Y ¡qué bien constituído y formado estaba el tunantón! ¡Qué apolíneo su cuerpo aculotado por el sol!

Sus amiguitas comentaban a gritos aquel grado

de pigmentación de su nuevo amigo; dijéranse envidiosas del color atabacado de su carne.

—Pues vosotras no me dejáis muy atrás—las decía él—. Tampoco recordáis precisamente a la leche por vuestra blancura.

—Sí—dijo la más pizpireta, que era la más chica, un renacuajo (según Rosina) que apenas tendría trece años—; pero nosotras sólo podemos tostarnos en parte: la cara, los brazos, las piernas y el escote. Mire usted qué diferencia.

Y diciendo esto se bajó un poco el *maillot*, mostrando el nacimiento del seno.

—Aquí no viene el alguacil del Municipio—dijo el bribón de Quinito—. Nadie nos ve. De modo que por mí, si queréis, podéis adoptar, como yo, la hoja de parra. Y aun suprimirla, ¡qué caray!

Hubo risas y bromas. Pero es el caso que la «peque», tomando la iniciativa, siguió al pie de la letra la indicación y se bajó los tirantes del *maillot*, quedándose desnuda de cintura para arriba. Dos pechitos perfectos, como dos conchas de nácar, quedaron expuestos a la caricia del sol y a los saetazos de los ojos de Quinito Arana, y aun a la escandalizada mirada de Rosina.

Pronto la imitó otra de las ondinas. Y por fin quedaron también, como el varón, en taparrabos... Magnífico espectáculo. Siete esculturas de carne; siete auténticas ondinas, desnudas en la playa, a la orilla del mar, en plena y salvaje naturaleza, en auténtica y gloriosa paganía.

El propio Quinito, envalentonado con la aquiescencia fácil de las chicas, había ayudado a bajarse el *maillot* a las más rezagadas. ¡Y ellas, tan complacientes! Rosina empezaba a comprender la razón de aquel éxito de las ondinas sobre Quinito, a quien ella había dejado escapar de su lado por sus exagerados escrúpulos de pudibundez...

¿Qué sacaban ahora de aquel pequeño maletín, como un estuche? Era un gramófono de campo y de viaje. ¿Irían a bailar? Efectivamente. Confundida con el rumor de las olas, llegaba a los oídos de Rosina la melodía gachona e insinuante de un chotis castizo, a cuyo son Quinito, enlazado con una de las chicas, la más llenita de carnes de las siete, se contoneaba acompasadamente, escandalosamente ceñidos los desnudos cuerpos y recorriendo las voraces manos del galán las ebúrneas espaldas de la muchacha, de arriba abajo (bastante más abajo de la cintura)...

—Por algo así—pensaba Rosina—, por algo menos que eso dejé yo de bailar con él aquella tarde.

Y, sin querer, añadió en su pensamiento:

—¡Qué boba fuí!

Las otras seis jovencitas habían formado entre ellas otras tres parejas deliciosas. Todas bailaban gozosamente desnudas, componiendo grupos de alucinante belleza pagana...

Sofocadas por el baile, alguna de ellas dijo sentir sed. Y Quinito se brindó a acompañarla a una fuente cercana.

Rosina tembló, pues principiaron a ascender por la herbosa vertiente que conducía a su escondite. Quiso la suerte que el manantial se ocultara a pocos pasos de su observatorio, en una leve depresión del terreno, que los escamoteaba a la vista de las demás ondinas que quedaron en el arenal, pero no a los ojos desorbitados de Rosina, de cuya presencia tan ajena estaba la sedienta parejita...

Tanto que la muchacha pudo ver cuanto allí, junto a la fresca linfa del manantial escondido, sucedió...

... ...

Corramos el velo de esos puntos suspensivos.

Rosina, que no sólo presenciara aquella escena, sino las otras seis que sucesivamente la siguieron, puesto que las muchachas sintieron todas, una por una, la misma sed que su compañera; Rosina, decíamos, se alejó de allí bien impuesta de lo que era menester hacer... y dejarse hacer, para que el pícaro de Quinito no huyese de su lado...



El anónimo decía así:

«No le pesará a usted, simpático Quinito, acudir esta tarde, a la puesta del sol, a la glorieta de los enamorados. Le espera una de sus más fervientes admiradoras.»

Quinito, claro está, resolvió *ipso-facto* acudir a la cita, sin sospechar quién pudiera ser ella.

Rosina había urdido bien su plan. Sabía ella el camino que había de tomar el pollo para dirigirse a la glorieta de los enamorados y calculó perfectamente el tiempo para cruzarse con él en un sitio solitario. Esperarle ella allí, o acudir luego, hubiera sido torpe. Era mejor hacerse la encontradiza con él, cuando él se dirigiera a la cita, y disimular, como si nada fuera con ella, si bien ya se las arreglaría de modo que Quinito olvidara a la presunta adoradora.

Dijo en su casa que tenía jaqueca y que no saldría aquella tarde. Y así que sus hermanas la

dejaron sola, se acicaló, se pintó más que nunca, eligió un traje de su hermana pequeña, porque le estaba algo corto y porque así ponía más de relieve sus formas, y saliendo por la callecita de jardines que caía a la parte trasera de su casa, echó a andar, contoneándose con cierto aire pícaro que no era corriente en ella.

Apenas había doblado dos callecitas, solitarias a aquella hora y perfumadas por las flores de sus jardines, vió aparecer a Quinito, presuroso, en dirección al lugar indicado en el anónimo. No podía él ciertamente sospechar que la cita fuera de Rosina, tan formal y tan pudibunda siempre. Ya atardecía, y al pronto no la reconoció, si bien venía fijándose en el rítmico andar de la muchacha y en la magnífica forma de sus pantorrillas, vistas a contraluz hasta más arriba de la rodilla.

—¡Vaya una menorcita!—se dijo *in mente*. Y se dispuso a echarla un piropo procaz, cuando, ya a punto de cruzarse con ella, la reconoció.

Rosina acentuó entonces su contoneo, y haciendo ademán de atusarse el cabello—con lo que resaltaban atrozmente sus pechos, prietos en la exigüidad del vestidito, y la faldita ascendía hasta el muslo, descubriendo acaso el borde de las ligas—, saludó a su adorado tormento:

—¿Ibas a echarme un piropo?

—La verdad, sí. No te había reconocido...

—¿Y en vista de que soy yo..., te lo tragas? Muchas gracias.

—Chica, es que te confieso que iba a soltar una burrada.

—Eres muy capaz. Pero ¿por qué?

—¡Qué sé yo!... Te encuentro hoy no sé qué...

—¿A mí? ¿Qué me encuentras?

—No sé... Más guapa que nunca.

—Vaya, pues me alegro de gustarte, porque tienes fama de buen gusto...

—¿Adónde ibas?

—Iba aquí cerca, a casa de una amiguita. Pero sospecho que ya no estará en casa; así que estoy por volverme a la mía...

—Te acompaño, si me dejas...

—¿Por qué no?

Y echaron a andar.

En esto—nunca con tanta oportunidad—sintió Rosina que se le había soltado un punto en una media; y eso, que tanta rabia le daba siempre, la sugirió una idea magnífica.

—¡Ay!—exclamó.

—¿Qué ha sido?

—Nada. Una carrerilla en una media. ¡Qué fastidio! ¡Huy! ¡Qué atrocidad! Mira.

Y alzaba la pierna, mostrando la carrerilla, que se ocultaba muslo arriba.

—Unas medias recién estrenadas... Y no es larga, que digamos. Debe llegar hasta arriba.

Y se levantaba dos deditos más la ropa, ya en pleno muslo. Quinito estaba admirado. ¡Ahora sí que desconocía a Rosina! Le parecía otra. ¿Rosina «en plan fácil»?... ¡Ya estaba él en su centro!

—A ver, a ver—añadió—. No veo nada. Me parece que te equivocas, que no hay tal carrerilla.

—¿No la ves, hombre?

—Te aseguro que no.—Y se agachaba para comprobar la afirmación de la muchacha, fingiendo no ver la dichosa carrerilla. Lo que estaba viendo y admirando era una pierna alucinante, abracadabrante.

—¿Pero estás ciego, Quinito? ¿No la ves aquí?

—Tal vez; pero me parece que no es tan larga como crees. ¿A ver? Sube un poquito el vestido.

Ella le obedeció y él casi pegaba las narices a aquella rodilla turgente y tentadora.

—¿Aun no ves nada, Quinito?

—Sí, sí, ya veo... Chiquilla, ¡qué bonitas piernas tienes!—no se pudo contener.

Esperaba la repulsa, el exabrupto de Rosina. La conocía. Pero no volvía de su asombro al oírla decir:

—¿Te gustan? Sí; no están mal, lo reconozco.

—¡Qué han de estar mal!

—¿Nunca te habías fijado?

—Hombre, sí. Pero así, tan..., tan cerquita como ahora, no. Ni tan arriba. Te vistes ahora más corta, ¿no?

—Habrá sido al enseñarte la carrerilla... Por lo demás, visto como siempre. Será que no has reparado.



A Rosina le latía fuertemente el pulso

—¡Vaya si he reparado!... Y sigo..., sigo reparando. Chiquilla, ¡qué arranque de muslos! (Ahora, ahora es cuando va a saltar)—pensó.

—¿También te gusta el arranque de los muslos? ¡Pues figúrate lo demás!

—No me lo figuro.

—¿Por qué? ¿Dudas que los tengo bonitos?

—No lo dudo. Pero...

—¿Qué ibas a decir?

—Que yo soy un poco como Santo Tomás. No me gusta figurarme nada sino ver con los ojos y..., ¿no te enfadas?..., y tocar con las manos...

—Hombre, del dicho al hecho... Supongo que hablarás en parábola, y que una cosa es que te guste ver y tocar y otra que toques...

—Te diré: si me dejan, toco...

No contestó Rosina. Pero añadió a poco:

—Ya estoy en mi casa. Mil gracias por la compañía... y por los piropos.

—¿Y qué vas a hacer ahora en casa? ¡Es muy temprano!

—Realmente, no sé. Estoy sola: aburrirme. ¿Y tú? ¿Adónde vas?

—A donde iba ya no voy. Si me dejas, charlaremos un ratito aquí en la puerta del jardín.

—Encantada. ¿Quieres que nos sentemos?

Cogió dos sillones de mimbre que estaban cerca de la puerta, en el jardín, y se sentaron muy juntos. Quinito estaba ya bastante *mareado*... ¿A causa del penetrante perfume de una datura en

flor, de esas que vierten toda su esencia sensual al anochecer?

—¡Qué bien hueles, Rosina!

—Serán las flores.

—Tú, tú.

—Te equivocas. No me he echado ningún perfume.

—No importa. Es tu cuerpo, tu carne...

Quinito se había acercado tanto a la niña, que la pinchó en el hombro desnudo con la barba recién afeitada. Ella permaneció inmóvil, dejándose «oler» por el apasionado muchacho.

—¿Ves cómo no soy yo?

—Sí, sí. Eres tú, Rosina. Hueles maravillosamente a mujer.

La acariciaba el brazo desnudo con las dos manos febriles, trémulas. Ella temblaba también, llena de inquietud y de voluptuosidad. Le cosquilleaban los pelitos en la mejilla, a impulso del cálido aliento del varón en celo. Fué a volver el rostro y—lo inevitable—los labios se incrustaron en los otros labios, en un beso largo, desfalleciente, agotador...

En medio de la sublimidad de aquel momento, Quinito repetía, cómica y obsesionadamente, sin apartar los labios de los labios, vertiéndole en la boca a la muchacha la expresión absurda:

—La carrerilla..., la carrerilla...

¿Absurda? No... Era que en pleno beso voluptuoso evocaba el feliz incidente de la carrerilla en

la media; y de un modo maquinal, como sonámbulo, mientras besaba ardientemente a la niña, su mano buceaba debajo de la faldita, para comprobar con el tacto la existencia de aquella bendita carrerilla que se corría desde la rodilla, muslo arriba...

—¿Qué me haces, Quinito mío, Quinito rico? ¿Qué le haces a tu Rosina?...

—Busco... la carrerilla...

—Por ahí, por ahí... Más arriba... ¡Ahí, ahí!

Habíanse asomado a endoselar el idilio las primeras estrellas. Las daturas, como grandes pebeteros blancos, vertían un voluptuoso aroma. Y en las sombras del jardín se confundían con el susurro de las frondas suspiros, besos, jadeos de pasión...





ARECIDAS escenas a la descrita (aunque con ciertas veladuras) eran asaz frecuentes por aquellos días en la ciudad mojigata y chica; y todo a cuenta de las dichosas ondinas. Los hombres estaban excitados y buscaban con mayor ardimiento que de ordinario el contacto epidérmico con las hembras, con sus novias, con sus amigas.

Las mujeres, indignadas ante el suceso y el sensacional efecto que en los varones habían producido aquellas forasteras desenvueltas, parecían dispuestas a luchar con ellas con las mismas armas, o con armas, por lo menos, parecidas. Y con esa aptitud imitativa, tan femenina, iban adoptando actitudes y modos que eran un reflejo de la despreocupación de aquellas chicas. Sólo que, con mayor refinamiento, ya que ellas, al fin y al cabo, obraban con despreocupada naturalidad, en tanto las demás,

las indígenas, desplegaban conscientemente, atentas al disimulo y a la vez al éxito de sus propósitos, todas las artes de seducción innatas en las benditas hijas de Eva.

No era, pues, únicamente Rosina quien, virando en redondo, se mostraba ahora complaciente con Quinito, deparándole triunfos exquisitos sobre su antes pudorosa virtud. Eran muchas más las que, por obra y gracia de las costumbres modernas de las ondinas, habían variado de táctica con los hombres, excitadas y resueltas a defender su derecho, a gustarles a los hombres, sus convecinos. ¡Pobres ondinas, y qué de estragos habían operado, sin saberlo, en la moral de Villapía!

Renunciamos, desde luego, a recoger la referencia de todos ellos. Hubo jamona desesperada que se acercó a una de las ondinas menores, atreviéndose a proponerla, no sin rodeos, que le diese una lección de natación y la iniciase en el arte de la desenvoltura, de la *deshabillé* playera y de las piruetas acuáticas del baño; y cuando la chica la informó lo mejor que pudo sobre aquellas sencillísimas materias, aun le preguntó la empecatada solterona:

—¿Y cree usted, niña, que con eso conseguiré encalabrinar a los hombres?

Una casadita joven, que había cogido tres veces *in fraganti* a su marido enfocando los prismáticos sobre las ondinas al salir del agua, dió un espectáculo en plena playa, bajándose, frenética, el escote

de su traje de baño y mostrando sus pechos magníficos, gritando:

—¡A ver, a ver si no tiene en casa este perdido todo lo que necesita y busca fuera de mi lado!

No, no es posible que relatemos uno por uno los estragos de inmoralidad a que dió lugar la presencia de las ondinas en Villapía (donde se pudo, al fin, averiguar quiénes eran y de dónde procedían: eran chicas del conjunto de una compañía de revistas que había actuado en San Sebastián, y que habían decidido, por economía, pasar unos días en una playa modesta, en tanto llegaba la fecha de la reanudación de la temporada teatral). Pero sí recogemos el caso que pasamos a relatar en el capítulo siguiente.





HABÍA, hospedada en la misma fonda en que paraban las ondinas, una familia burguesa; el padre, orondo fabricante; la mamá, señora hidrópica y grasa, y una niña, hija de ellos, de unos catorce años bien granaditos y exuberantes, capaz de enamorar a cualquier hombre... a quien no se le ocurriese, antes de mirar a la niña, contemplar a su lamentable y desfondada mamá.

En el comedor, la chiquilla miraba obsesionada a las ondinas, después de haber presenciado su baño y de haber oído los comentarios, comidilla general que suscitaba entre los contertulios de los toldos de la playa.

La mamá tenía que llamar continuamente la atención de su hija, reprendiéndola y prohibiéndola fijarse, durante las comidas, en la *troupe* de las ondinas.

Esto excitaba más y más su curiosidad..., que creció de punto cierta noche en que, al irse a acostar, descubrió en una ventana de la casa frontera la presencia de alguien, a quien delató en la oscuridad el brillo biocular de unos gemelos de teatro, dirigidos a la ventana del cuarto contiguo al de ella.

Apagó la niña la luz de su habitación para mejor poder espiar al vecino en su espionaje nocturno, y cuando se quedó a oscuras descubrió, no sin emoción, una rendija de luz en la puerta condenada que daba paso a la habitación contigua. Miró por el ojo de la cerradura y vió que dos de las ondinas se estaban desnudando. Comprendió entonces lo que con tanto ahinco y tanta fruición debía estar viendo el de los anteojos; y aquella noche averiguó la inocente doncella lo que vagamente había perturbado sus nacientes curiosidades; lo que por medias palabras cogidas al vuelo, en las conversaciones de otras chicas, sabía sólo a medias... «¡Qué modo, *tan a lo vivo,* de quererse tenían aquellas dos chicas!»... Y ¡qué envidia le estaría dando al pobre vecino, el de los gemelos de teatro!...

Tanto, que sintió compasión, una extraña e indecible lástima del desconocido y casi invisible caballero, y un vago deseo de resarcirle generosamente de aquella «pesadilla» que sin duda le producían los abrazos, los besos y las caricias que las dos ondinas mutuamente se hacían. ¿Podría

ella gustarle tanto como cualquiera de aquellas dos preciosas muchachas? Instintivamente iba comparando los encantos de ellas con los suyos propios, y aunque no estaba endiosada ni era demasiado inmodesta, acabó por hacerse la ilusión de que, imparcialmente juzgada, ella tenía en su cuerpo adolescente, torneado, duro y fragante, parecidas perfecciones y gracias tan seductoras como las de sus dos entrañables y cariñosas vecinitas.

Recordó las veces que allá, en su lejana ciudad, su primito Manolo la había encomiado la belleza de su rostro, lo incitante de sus formas, y no sólo de palabra, sino con furtivos pellizcos, tal cual robado beso y tal cual atrevimiento de obra en la soledad de un pasillo o en la grata penumbra de un cine. Y pensó: «¿Por qué ha de ser sólo Manolín al que yo le guste? También a ese pobre vecino podían agradarle mis encantos. ¿Por qué no ser buena con él, dándole ocasión de contemplarlos, sin meterle envidia, como éstas, que parecen decirle: «¿Ves todo esto? Pues lo verás y no lo catarás, porque no te queremos para nada; nos basta con querernos nosotras?»...

Y atacada de generosa piedad y conmiseración hacia el desventurado e ignorado mirón, encendió nuevamente la luz de su cuarto. Pronto comprobó, mirando con el rabillo del ojo hacia la ventana frontera, que los dos discos relucientes de los anteojos habían girado levemente, como una mariposa que,

cansada de libar en una flor, fuese a posarse en otra flor contigua...

Y se dispuso la niña a desnudarse ante el armario de luna y frente a la ventana...

Primero fué el vestidito el que cayó a sus pies, como un cerco de frufruante espuma, del que ella emergía erguida y con la curva silueta de ánfora de su cuerpo semidesnudo, en combinación, dejando destacarse las piernas magníficas y gruesas hasta los muslos carnositos, de que se veía, entre el final de las medias y el borde de la combinación, cuatro dedos de carne rosada y primaveral. Soltados los tirantes de aquélla, se agrandó el escote y quedó al descubierto el sostén que aprisionaba, en fina funda de tul, la maravilla de sus dos senos anchos, grandes y esféricos, levemente vencidos por su grávida abundancia. Entre el sostén y el culotito quedaba al aire el torso de la niña, en que el hoyuelo gracioso del ombligo aparecía sobre el fruncido borde azul de la cintura... (Las dos esferitas relucientes de cristal de los anteojos tembloteaban...) Se sentó entonces la chiquilla cara a la ventana, para descalzarse, cruzadas las estupendas pantorrillas. Se sacó los zapatitos y se soltó las ligas, y las medias fueron descendiendo, en suave caricia de seda, por las piernas, hasta dejar descalzos sus bellos pies chiquitos. Puesta de nuevo en pie, extendió sobre la cama el fino camisón rosado. ¿Se lo pondría... ya? (¡Cómo oscilaban en la oscuridad, a impulso de los alterados nervios del hombre aquel, los rutilantes redondelitos de cristal!) No, no... Antes había que desabrocharse y quitarse el sostén. Entonces fué cuando los pechos prodigiosos saltaron, como dos albas palomas de rosados picos puestas en libertad... ¡Cuán seductora la figura picaresca de la criatura, sin más ropa en la escultura de su carne adolescente que el culotito azul, de punto de seda!

Nuevas dudas... ¿El camisón... ya? ¡Para lo que faltaba, fuera el *culotte!* Y las dos rosas de sus manos, introduciéndose por el frunce de la cintura, hicieron presión lentamente hacia abajo... Al agacharse para sacar la delicada íntima prenda de entre los alabastrinos pies, apenas negreó entre los pliegues rosados del vientre una triangular mariposita oscura. La niña rápidamente se volvió de espaldas a la ventana, y al encaminarse—magníficamente desnuda—hacia el lecho, para ponerse al fin el camisón rosado, mostró la maravilla pétrea, marmórea de su grupita alta y esférica, partida por gala en dos.

El sutil camisón revoló un instante sobre su cabeza, la envolvió y surgieron, como dos rayos de sol del rosicler de una nube, los brazos; y luego la ígnea cabellera, y las nevadas lomas de los hombros; y aún, rebelde a ocultarse tras de la neblina rosa de aquella finísima tela, asomó de nuevo un instante un pecho, como una suave duna de blanca arena. Cayó luego a lo largo de la divina estatua viva y palpitante el blando y leve

cendal color de rosa, y la cadera firme, el vientre apenas insinuado, la oscura flor venusina, los muslos marmóreos, las torneadas pantorrillas, todo el prodigio se ocultó por fin; y la niña se subió a la cama, se envolvió en la nívea blancura de las sábanas, y... apagó la luz.





QUELLA noche fué para «el hombre de los gemelos» una de las más movidas de su existencia. La casualidad, portándose generosamente con él, le hizo asomarse inocentemente a la ventana para regalarle con espectáculos y emociones inolvidables.

Con piedra blanca pensaba él que había que grabar en su historial erótico la fecha. ¡Ahí era nada, haber descubierto primeramente los jugueteos excitantes de las dos ondinas en traje de Eva!... Y por si ello era poco a encalabrinar a una estatua pétrea, *lo otro,* la despampanante *deshabillé* de aquella niñota apetitosa y alucinante en su desnudez.

¿Hemos escrito el adjetivo «pétreo»? Pues para pétreo, el estado en que el afortunado mortal sentía todo su cuerpo...

Cuando en la fonda frontera se apagaron, una

tras otra, las luces de aquellas dos ventanas, estaba el hombre fuera de sí, fuera de este mundo; fuera..., fuera mejor que no detallásemos todo lo fuera de sí que estaba ...

Como un chaval—y cuenta que era varón maduro—estuvo a punto de darle el naipe por distraerse haciendo solitarios... Pero, acaso por falta de baraja y sobra de reflexión, consiguió a medias sobreponerse a aquel estado de atroz sobreexcitación en que se hallaba. Decimos «a medias», porque no nos consta que pudiera evitar enteramente el desahogo de sus nervios. Pero ni aun dándolo por hecho debió calmarse, puesto que tras contumaz espera en la ventana, no satisfecho aún con su fortuna del momento inolvidable—somos unos exigentes en casos tales—, alimentando vaga esperanza de que alguna otra ventana se encendiese, se entró en su habitación y se puso a pensar en el remedio que fuera más adecuado al caso. ¿Irse a la calle en busca de alguna mancebía? Le repugnó la idea. Pero ¡qué caray, le pareció que nada, dentro de lo normal, era más digno a sus años!

Se dirigía, pues, a la escalera, de puntillas, para no dar que sospechar a su familia—era solterón, pero vivía con sus hermanas—, saliendo de casa tan a deshora, cuando se le encendió en la mente una idea diabólica. Fué precisamente al pasar ante la puerta del cuartucho interior en que suponía que estaría roncando la muchacha, su maritornes, una mozona zafia y maciza, fresca, de muy buen ver,

con quien nunca, sin embargo, se había permitido el menor chicoleo (en su casa no quería jaleos), pero de quien sospechaba que no era refractaria a las lides del amor, ya que muchas noches, cuando él llegaba a casa en busca de la cena, la había sorprendido en las oscuridades del portal tan pegadita al novio que no cabía entre los dos el consabido papel de fumar. Siempre había hecho la vista gorda, comprensivo, por evitarle a la chica un disgusto con sus hermanas, las señoritas de la casa. Luego se olvidaba de ello, y jamás pensó en suplantar ni por lo más remoto, aunque fuese sólo momentáneamente, al novio. Pero esta noche, sin saber por qué, cuando pasó ante la puerta del cuarto de la moza, se le vino a las mientes la cotidiana escenita del portal, y en el estado de ánimo en que se encontraba, corriéndole realmente prisa dar satisfacción a sus deseos carnales, se dijo:

—¿Y para qué voy a salir yo ahora a la calle, exponiéndome a que oigan mis hermanas el ruido de la puerta y darlas que pensar? Si yo me atreviera...

Y como lo pensó lo hizo.

Abrió con mucho tiento y mayor sigilo la puertecita y se coló de rondón en el cuarto oscuro. Un instante—ya dentro—temió asustar a la chica, si dormía; que se despertase sobresaltada, creyéndole un ladrón, y que gritase, y fuera peor el remedio que la enfermedad. Casi estuvo por salir del cuarto, y un buen rato permaneció indeciso, sin atre-

verse a mover pie ni mano. Es decir, la mano... (Nada; aquello, a sus años, no podía ser. Había que resolverse pronto...) ¿Cómo proceder para el mejor éxito de su aventurilla?

Escuchaba atentamente, esperando comprender por el ruido de la respiración de la muchacha si dormía efectivamente o no. Al fin creyó que sí. Además—se decía—, si no durmiera, ¿cómo no iba a rechistar, puesto que por mucho cuidado que él puso al abrir la puerta y entrar, es natural que ella se diese cuenta? Pero, por otro lado, el hecho de que durmiese acrecentaba sus temores a que gritase sobresaltada, despertando, si él se decidía a llegar a su lecho... Y así, igualándose el deseo al temor, transcurrieron unos instantes que a él le parecieron siglos, y que, en puridad, eran ya, para un temperamento sensual, casi un goce.

Fué aproximándose por fin, muy poco a poco, al lecho. Antes que el tacto—las manos extendidas, los brazos por delante—denunció su proximidad un grato calorcillo, una caricia tibia en la epidermis, que exhalaba el cuerpo de la moza dormida.

¡Con cuánta incertidumbre y con qué alteración de sus pulsos y arterias fué extendiendo la mano en la oscuridad, ya al borde mismo del lecho! Al fin notó en ella un levísimo roce, casi la sospecha de un roce con otra epidermis. Se detuvo al instante, temeroso; un nudo en la garganta, de pura emoción.

En esto se rebulló la moza, con gran ruido de



Y las medias fueron también desendiendo...

muelles del sommier, y el buen señor recibió inesperadamente un fuerte manotazo en una cadera. Permaneció inmóvil, y la muchacha dejó la mano allí, junto al cuerpo de su nocturno visitante; estaba dormida; había cambiado de postura y había echado fuera del lecho un brazo, dejando la mano en el aire, en contacto con el cuerpo de su señorito. Cerciorado éste de que la chica dormía efectivamente, no tuvo sino que ladearse un poco para que aquella mano tibia y fuerte se pusiera en contacto con otra parte del cuerpo ...

Iba cobrando ánimos y audacia—ya al rojo vivo de su estado de febrilidad—y se aventuró a facilitar por sí mismo, forzando un poco la actitud de aquella mano quieta, abriéndola y volviéndola a cerrar, la operación preliminar del remedio que para su mal iba buscando. Exánime dijérase que estaba la mano de Remedios—así se llamaba la sirvienta—, a no ser por el grato calorcito que despedía, y que era por sí solo caricia enervadora y deliciosa para la carne en celo del señor.

Meditaba éste cómo seguir adelante en su designio cuando le pareció que la moza mascullaba entre dientes vocablos ininteligibles. Sí, sí... ¿Qué murmuraba? Se inclinó y escuchó con atención, y pudo percibir tal cual palabra suelta: ...«indino», «camastrón»..., «avisa»..., «gente»..., «viene», «más tarde»..., «señorito»... ¿Qué jerigonza era aquella? Al cabo se lo explicó, porque Remedios forzó algo el tono de sus charloteos entre dientes.

Pudo oír esta frase completa: «Buen bribón estás; como quieras; yo, por mí, ya sabes; pero si llega el señorito... Es la hora.»

Remedios soñaba con su novio, con las escenitas nocturnas de antes de la cena, en el oscuro portal. Y el señorito, aunque ahora había callado la muchacha, tuvo la evidencia de que el sueño llegaba a su período álgido, a juzgar por movimientos ciertos inequívocos y por cierto jadeo que claramente iba *in crescendo,* al respirar ronquillo de la moza.

Entonces el señor, dispuesto a coadyuvar en aquel sueño que sin duda le estaba resultando delicioso a la maritornes, se inclinó sobre la almohada y la besó. Y al beso respondió ella con tales suspiros y enlazándole de tal modo los gruesos y bien torneados brazos desnudos al cuello, que él apenas tuvo que hacer nada para encontrarse en la más cómoda posición y en el camino más seguro para llegar a galope (tan dócil era la cabalgadura) a la meta de sus deseos.

Hubo unos instantes en que sólo turbaron el silencio jadeos y besos y ruido de sommier. Hasta que al cabo todo quedó en silencio. «Ahora viene lo malo», pensó el buen caballero. ¿Cómo se desasía él de tan dulce abrazo sin que Remedios despertase? Por otro lado, ¡se estaba tan bien en aquella laxa postura, terminada la galopada!... Pero no había otro remedio que salir de allí, fuese como fuese. Con toda suerte de precauciones fué desca-

balgando, y cuando ya tenía un pie en el suelo, se hizo más fuerte la presión de aquellos brazos mórbidos en torno de su garganta, y la moza suplicó muy bajito y en el tono que pudiera emplear una niña mimosa:

—No te vayas... todavía...

El buen señor se quedó de una pieza, como vulgarmente se dice. Y la moza que tan buena la había cobrado, no dejó que se le fuera al primer tiro: ella necesitaba nuevas descargas...



¡Cómo le miraba la indina! ¿Sería posible que aquella nena, tan redondita y tan desarrollada, pero con aquel aire inocentón, se hubiera dado cuenta del espionaje de la noche anterior? (Don Evaristo—¿todavía no habíamos dicho que se llamaba don Evaristo?—no caía en la cuenta de que el brillo del doble disco de sus anteojos le había delatado.) Porque ella le miraba con insistencia ahora, desde la misma ventana de la víspera. Y hasta juraría don Evaristo que se había dibujado un mohín en el rostro de la niña, que era como el embrión de una sonrisa.

Don Evaristo, que era un redomado adorador de los «guayabos», se sintió atrevido, y aprovechando una nueva mirada de la niña, la envió un besito en la punta de los dedos.

Entonces ella se turbó un tantico y apartó los

ojos del vecino, si bien pronto los volvió a dirigir a la ventana, ya sin disimular la deliciosa sonrisa que pugnaba hacía rato por aflorar a sus labios gordezuelos, de guinda en almíbar. Y con un delicioso ademán, lleno de travesura, le amenazó graciosamente con la mano.

—¿A mí?—preguntó por señas el caballero.

—Sí, sí—decíale con la cabeza la chiquilla—, a usted, a usted—y repetía una y otra vez el gracioso ademán de la azotaina.

—No sé por qué—expresó don Evaristo con un gesto, encogiéndose de hombros.

Y la precoz coquetuela—siempre por señas—se lo explicó, señalando primero a la habitación contigua—la de las ondinas—y llevándose luego las manos a los ojos en anteojera.

El diálogo mudo siguió, digno, por lo expresivo, de dos ases de la pantalla, durante largo rato.

Al agudo y picarón reproche de la niña, sucedió en su vecino un gesto muy gráfico que expresaba entusiasmo por la escenita descubierta la noche anterior; y a tal exclamación sin palabras siguió otra, asimismo mímica, que a las claras venía a decir: «¡Pero para estupendez, la otra, la que me depararon los dioses con la propia *deshabillé* de mi preciosa interlocutora!»

La chiquilla fingió cómicamente entonces hacerse de nuevas, como si no entendiese a qué podría referirse don Evaristo. Y éste se esforzaba en explicarla lo maravilloso de sus contemplaciones de

la vigilia, él gemelos en ristre, ella despojándose una a una de todas sus prendas íntimas, coquetonas. El vecino repetía mímica y un poco grotescamente todas las actitudes de la niña al desnudarse... Ella negaba, risueña, dándole a entender que no lo creía, que no podía ser cierto; y él insistía, y para mejor convencerla, evocando la escena nocturna, entró en la habitación y volvió a asomarse, armado otra vez con sus gemelos de teatro.

Se puso a mirarla así, y el rostro de la nena, su cuerpo mórbido y suave parecían adentrarse por los mágicos tubos de los anteojos, trayéndola al alcance de su mano, de sus labios. Se reía ella, y con ayuda de los anteojos se apreciaban en todo su detalle la calidad tersa y aterciopelada de aquellas mejillas rosadas, la longitud increíble de sus pestañas, bordeando los ojos inmensos, que le daban expresión de gran muñeca de fino *biscuit;* el isócrono henchirse de su hermoso pecho, que levantaba en la seda de su vestido los pequeños promontorios de los pezoncitos.

Entonces volvió la sarta de elogios a todos aquellos primores por parte del caballero, y la niña volvía a amenazarle, bromeando, halagada por aquellos homenajes que por primera vez recibía de un hombre hecho y derecho. Esto la iba poniendo fuera de sí, dispuesta, por apurar la grata sensación de sentirse admirada y codiciada, a cualquier concesión. Había entrado indudablemente en el célebre cuarto de hora, gracias al cual y en colaboración

con el cual los hombres realizan fácilmente sus más arduas conquistas. Y el afortunado don Evaristo, clarividente y buen psicólogo, comprendiéndolo así, sólo sentía no tener a su riquísima y precoz vecinita tan cerca como lo fingían sus anteojos. ¡Ah, si como los ojos conseguían acercarse a la niña lo hubieran podido entonces conseguir las manos! Mas del lobo un pelo, se decía; y lo importante era sacar el mejor partido posible del feliz cuarto de hora presente.

Se reanudó el diálogo por señas.

—Sé buenecita, rica. ¿A ver?...

—¿Qué?

—Un poquitín tan sólo; tanto así...

—¿Mis pantorrillas?

—¡Eso!

—No..., no... Es usted un pillín.

—No. ¡Es que son tan bonitas!

—Pues ya las ve usted.

—Pero no bien. El antepecho no lo permite.

—¿Y qué le voy yo a hacer?

—Subirte un poquitín.

—¿Adónde?

—Ahí, encima de la silla.

—¿Y si me ven?

—No. Desde la calle no se ve. Entra un poquito, frente al balcón. ¡Como anoche!

—¿Y si entran?

—Cierra con llave.

—Espere.

—¡Ajajá! ¡Qué buena eres! ¡Toma! (Un beso.)

—¡Muy amable!...

—Ahora, lo que te he dicho.

—¿En la silla?

—Sí.

—Bueno... Ya estoy.

—¡Te comería esas pantorrillazas tan ricas!

—¡Psch!...

—¡Preciosas!

—Regular.

—¡Y qué muslines!... Súbete un poquitín, nada más que un poquitín, el vestidito...

—¿Así?

—Un poquirritín más...

—¿Más? ¿Así?

—¡Qué hermosura! ¡Anda, otro poquito!

—Ya es bastante...

—No. Quiero verte la carne sonrosadita, sobre la alta media... Sé buenecita...

—Vaya... ¡Es usted muy malo!... Pero sólo un poquito, ¿eh? ¡Ea, bastante!

Al rápido alzarse y descender de nuevo del vestidito, con la fugaz visión de los rollizos muslos de aquella angelical criatura, don Evaristo creyó desvanecerse. Le produjeron una impresión mucho más fuerte, vistos así, como en un relámpago, que cuando la noche anterior pudo contemplarlos a placer, enteramente desnuda la chiquilla.

Esta—¿había transcurrido ya el cuarto de hora

famoso?—le dijo de pronto adiós con su manita y cerró la ventana.

Y don Evaristo, inconscientemente, dirigió sus pasos al cuarto de Remedios, sin acordarse de que a aquella hora—las cuatro de la tarde—la maritornes se dedicaba a romper platos en el fregadero...





NTONCES don Evaristo, fuera de sí, enloquecido como un estudiantón enamorado, que no reparara en nada para alcanzar el logro de sus caprichos y deseos, se apostó en lugar estratégico, en la calle, dispuesto a seguir a la niña cuando saliese por la puerta del hotel.

Y no había transcurrido una hora cuando ésta apareció acompañada por sus papás... ¡Malhaya! Empero, no cejó el buen señor en su propósito, y se dispuso a seguirles los pasos a corta distancia.

Pronto lo vió la niña, y con increíble disimulo volvía de vez en cuando la cabeza, sonriéndole y haciéndole expresivas muecas casi infantiles.

¿Adónde se dirigirían la niña y sus aburguesados y gordos papaítos?

Por el rumbo que llevaban parecía que iban camino de la playa. Pero la suerte le favorecía al tenoriesco perseguidor. Llegando frente al arenal,

en vez de descender a él por la ancha escalinata de la terraza, torcieron hacia el casino, en plena fiesta, y del que salían, amortiguadas por el rumor del mar, los alegres compases de una orquesta. El baile es el gran facilitador de acercamiento, y el maduro galán estaba dispuesto a todo. No veía, claro está, la manera cómo se las arreglaría para llegar a hablar con la chiquilla yendo con sus papás, que a lo mejor ni la permitirían bailar; pero confiaba en la buena estrella que le venía alumbrando desde la noche de la víspera.

Llegó, pues, a la taquilla cuando el padre de la nena acababa de abonar las entradas y discutía con el empleado sobre la legitimidad de un duro sevillano. Vió el cielo abierto, pues ello le deparó oportunidad de hablar con el señor gordo, autor de tan apetitoso retoño.

—Me parece—le dijo al taquillero—que el señor lleva razón: esa moneda es buena.

—Es sevillana, señor.

—A mí, vamos, mire usted; a mí me parece una arbitrariedad rechazarme esta moneda...—decía el obeso forastero, asiéndose a la intervención del desconocido que tan amablemente apoyaba sus protestas sobre la buena calidad de aquel duro.

Era, en efecto, más sevillano que la Torre del Oro; pero daba lo mismo. Si en vez de un duro sevillano se le antoja al buen señor hacer pasar por moneda legítima un botón de nácar, don Evaristo se hubiera pegado con su propio padre sos-

teniendo que se trataba del duro más legítimo del mundo.

Así las cosas, y haciendo causa común con la indignación del caballero, subieron las escaleras del casino, ya pegada la hebra con la mamá, mientras la niña permanecía callada y ajena al diálogo, haciéndose a las mil maravillas la mosquita muerta. ¡Demasiado sabía ella lo que el pícaro vecino venía buscando con aquella conversación!

Variado el tema, se habló del veraneo en Villapía, de la poca animación de la temporada, de todos los tópicos, en fin, propios de la estación y del lugar. Y como no podía por menos de suceder, vino a recaer la conversación en las ondinas, escarnio y baldón de aquella playa.

—¡Calle usted, por Dios!—decía don Evaristo—. ¡Una vergüenza!

—Pues figúrese usted nuestra contrariedad, nuestro disgusto, que estamos en la misma fonda...—añadió la mamá.

—¿Qué me dice usted, señora?

—Estamos volados. ¡Figúrese usted con esta niña, que es una inocente, viendo delante en todas las comidas a semejantes pindongas! Hemos intentado varias de fonda, puesto que el fondista no se aviene a ponerlas en la calle mientras no escandalicen dentro del hotel. ¡Cómo si no escandalizara su sola presencia entre personas decentes! Pero, hijo mío, no hemos hallado otro en las mismas condiciones de precio, y no están los tiempos

para trasladarnos al Gran Hotel Imperial, único que dispone de habitaciones... ¡Unos precios exorbitantes!

—Me hago cargo, señora.

—El mundo está desquiciado—añadía el cónyuge—. Vamos a la bancarrota de la moralidad.

—Así es, sí, señor. En Villapía hemos perdido la vergüenza.

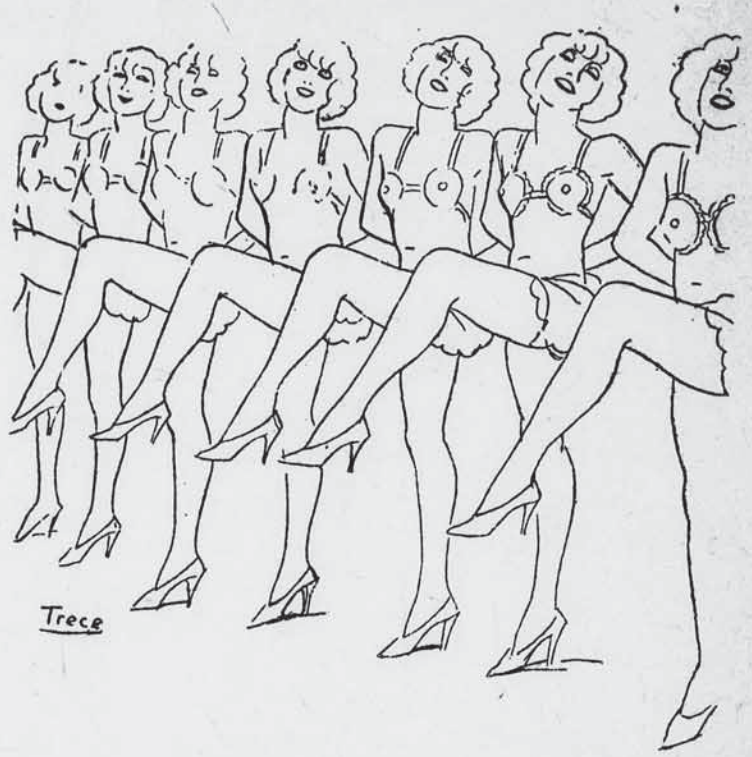
—¡Y que usted lo diga! No tiene usted más que reparar en cómo se baila; es un escándalo. Está esto como para no venir aquí con la niña. Pero, lo que pasa, ¿dónde se mete uno? Luego aquí se reúne con sus amiguitas, siempre bajo nuestra vigilancia, eso sí, y baila y se distrae sólo con chicos conocidos, eso sí, con personas que nos merezcan absoluta confianza...

—Hacen ustedes bien. Yo les aplaudo. El baile, mantenido en las tradicionales normas de corección, no es condenable por sí mismo, y siendo un caballero el que saque a bailar a la niña no hay por qué negarle esa distracción inocente.

—Así opinamos nosotros, sí, señor. Si todas las parejas bailasen correctamente... ¡Pero hay cada mamarracho y cada aprovechado!

—¿Y a la nena la gusta bailar, eh?

—Muchísimo. Si por ella fuese, como es tan cándida, bailaría con el primero que se la acercara. ¡Ah!, pero aquí están sus padres para evitarlo y saber en brazos de qué pareja pueden entregar a este angelito



Evolucionaban tan desnudas como en la playa.

—En esto la orquestina atacó un alegre pasodoble, y la niña empezó a contonearse, siguiendo el ritmo de la música.

—Véala usted—dijo la mamá—; ¡es que se le van los pies! Te digo, hija, que tienes una afición desatada...

—Yo, si ustedes me honrasen con su confianza, la sacaría a bailar con mucho gusto, siquiera para darle esa satisfacción. Creo que mis cuarenta años, mis incipientes canas y el respeto que a mí mismo me tengo, salvaguardan mi intención en este caso.

—Con mil amores, sí, señor; no faltaba más. Luisita, mira, este caballero te saca a bailar.

Y don Evaristo pudo enlazar delicadamente a la niña por la cintura... en tanto estaban próximos al sitio en que quedaron los progenitores de Luisita... El salón era grande y la concurrencia numerosa, y pronto se perdieron entre las demás parejas, lejos de la vista de los padres... Entonces se estrechó el contacto de los cuerpos, y don Evaristo, en tanto estrujaba contra los duros muslos de la nena una de sus piernas, recorría con la mano las morbideces posteriores, juveniles, prietas y resbaladizas al tacto.

—¡Qué bien baila usted!—rompió ella el fuego de la conversación.

—Contigo bailo yo de coronilla, preciosa.

—¿De verdad?

—Ya lo sabes. Te adoro. Me enloqueces.

—¡Buen pillo está usted!

—¿Vas a ser buena esta noche?

—Buenísima...

—Estaré como anoche, ¿sabes?

—¿Para ver a las chicas de al lado?

—¡No! A ti, a ti...

—¿Ha visto usted cómo se quieren?

—Más, mucho más te quiero yo a ti. ¿Y tú, no me querrías un poquito?

—Cuidado—advirtió la niña, cauta, con sagaz hipocresía—, que llegamos adonde están mis papás...

—¡Baila muy bien!—exclamó él al pasar ante ellos en la más correcta actitud respetuosa en el modo de llevar a la niña.

Y ellos asentían, entusiasmados, confiados e incautos.

—¿Decía usted?...—insistió lagotera Luisita, apenas se hubieron alejado de aquel lugar.

—Que esta noche no tendrás tanta prisa como anoche en apagar la luz...

—En cuanto me acueste...

—Pero puedes tardar más en acostarte...

—Ya veré... ¿Pero a usted qué más le da? Puede mirar a mis vecinas...

—Me gustas tú mucho más...

—Eso lo dice usted; pero...

—Te lo juro. Estás riquísima. Tienes unas cositas tan hermosas...

—¿De veras?

—Como para volverle a uno loco...

—¿Va usted a mirarme con los gemelos?

—Sí.

—Es que... ¿Se ve bien con sus gemelos?

—Como si estuviera a tu lado.

—¡Huy, qué vergüenza! Yo creí que no se distinguiría tan bien...

—Pues sí, talmente como si estuviera a tu lado. Por eso me has enamorado, porque eres una preciosidad...

—Qué bromista es usted.

—Nada de bromas. Es en serio...

—Pero usted es un atrevido, y además eso no vale. Usted mira que te mira y una...

—¿Qué?—preguntó don Evaristo, al ver que la niña cortaba la frase.

—No, nada.

—Dilo.

—Una... ¡sin gemelos!

Don Evaristo, patidifuso, sin atreverse a dar crédito al sentido de aquella frase, de increíble picardía, de la mosquita muerta, indagó:

—¿Te gustaría a ti tenerlos?

—Claro.

—¿Y para qué?

—Toma, para mirar con ellos. También una es curiosa y...

—¿Cómo podríamos hacer para que satisfacieras tu curiosidad?...

—Yo tengo buena vista...

—¿Quieres decir que no te son necesarios para ver?...

—Y además que qué voy a ver. ¡Todo está oscuro!...

—Esta noche encenderé la luz de mi cuarto.

—¿Es aquel su cuarto? ¿Duerme usted allí?

—Sí.

—¿Pero se desnuda a oscuras?

—Me desnudaré como tú quieras..., encanto mío.

—Entonces, con la luz encendida... ¿Qué le ha pasado?

Don Evaristo se había sentido desfallecer, y se había estremecido de pies a cabeza, transmitiendo al cuerpo de la niña la atroz sacudida de los nervios...

—Nada. Que me has hecho feliz... con tus ocurrencias.

—Creí que traía usted en el bolsillo los gemelos; me pareció notarlos cuando ha hecho usted ese movimiento y creí que se había lastimado con ellos...

—No, no eran los gemelos...

—Yo tengo unos...

—¿Dónde?

—Los tiene mamá guardados en su cuarto... Para cuando vamos al teatro...

Pero ya el pasodoble había terminado, y volvían a reunirse con los papás.

No se atrevió a reincidir al baile siguiente, y

lo pasó charlando con sus nuevos amigos, mientras la niña se había alejado en brazos de un muchacho que la invitó a bailar.

—Es un paisano nuestro, ¿sabe usted?—se creyó en el caso de explicar la mamá.

Pero al otro baile ya no pudo contener don Evaristo y preguntó a la nena:

—¿Te animas? Yo estoy dispuesto a repetir...

—Ya lo creo.

Había maquinado un plan. A medio baile propuso a la niña desviarse por el amplio pasillo en penumbra, al que comunicaba el salón por el extremo opuesto.

Y allí gustó el sabor inefable de aquellos labios dulces como guinda en almíbar, y sus manos recorrieron rápidamente, ansiosas, las bellezas soberanas que con tan profunda emoción habían contemplado sus ojos. Y la niña, empeñada en que él llevaba encima los famosos gemelos, se dejaba acariciar complacida, en tanto ella se los buscaba por todos los bolsillos... No necesitó, en verdad, para nada aquella ayuda óptica. Pudo satisfacer, si bien asaz fugazmente, a corta distancia cuantas curiosidades pensó desvelar desde lejos horas más tardes...



EPÍLOGO

El verano había acabado.

Villapía se entristecía en brumas y vendavales. Ya el paso de las ondinas por su playa era un recuerdo punzante y luminoso: aves errantes que habían emigrado a otras tierras.

Rosina estaba a punto de casarse con Quinito, a quien, teniéndole ya seguro y comprometido, y dada la íntima confianza mutua que entre los dos reinaba, le había confesado el ardid de aquel espionaje matutino en la playita salvaje y solitaria; y los dos, entregados a dulces y constantes escarceos de amor apasionado, bendecían el paso de las errantes ninfas por su playa provinciana...

La niña catorceañera estaba en el colegio de su ciudad, donde en charlas *sotto voce* con las demás educandas, las refería impresiones de su grato veraneo en Villapía, y todas la instaban para

que les refiriese su rasgo generoso de aquella noche... Algunas, asimismo, dieron en bendecir a las ondinas, cuyo fué el motivo de la piadosa generosidad de la niña para con el oculto espía de las dos amiguitas; porque a fuerza de relatarles aquélla lo que éstas hacían, acaso dieron en parodiarlas, con lo que procuraban hacer más dulce la larga encerrona del curso.

Y las ondinas, mientras, ignorantes de los estragos veraniegos por ellas ocasionados en la moralísima Villapía, así como bien ajenas a aquellas bendiciones remotas de quienes las evocaban con secreta y agradecida simpatía, evolucionaban tan desnudas como en la playa ante la cruda luz de las baterías y de los focos eléctricos, y ante un público armado de gemelos, como el oculto espía de la fonda, y tan alterado de pulso como él...



¡TIGRIS!

Este nombre trágico, impresionante, sugeridor de las más increíbles y espeluznantes hazañas, de los más inauditos episodios, cuyo novelesco relato hace temblar de angustia, de piedad o de amor, estará pronto en todas las bocas...

¡TIGRIS!

Pero... ¿es una novela? ¿No se trata de aventuras verídicas y reales, de una revelación inesperada, de algo cierto y no imaginado?

¡TIGRIS! ¡TIGRIS! ¡TIGRIS!

Su autor, el famosísimo maestro del género,

MARCEL ALLAIN

que llegó a las cumbres de la popularidad con su celebérrima obra

FANTOMAS

se ha superado a sí mismo al escribir

¡TIGRIS!

obra de realidad, de audacia, palpitante de pasión, de vida, misteriosa, incomparable, cuyos derechos de traducción exclusiva para el castellano ha adquirido PRENSA MODERNA, que publicará los 25 VOLÚMENES de que se compone la obra completa en el término de un año, a razón de uno cada quince días y al precio inverosímil de

¡UNA PESETA! ¿Cuándo se ha ofrecido al público nada tan barato en libros de 200 páginas, cuidadosamente editados, y de un autor de tanto renombre y prestigio?

Lector: acuérdate de **¡TIGRIS!**

Te hará reír, te hará llorar, te crispará los nervios, te emocionará, te conmoverá, te conquistará...

¡TIGRIS! El héroe a quien se odia...
¡TIGRIS! El héroe a quien se ama...